

NATURALEZA DE LA HISTORIA

En su afán por mecanizar la realidad, las tendencias positivistas pretendieron extender el dominio de la ciencia a todo orden de conocimientos. Propósito loable en una época de imprecisión mental, corresponde que reaccionemos contra él en homenaje a la verdadera naturaleza de la realidad.

Para Xénopol (y tomo su opinión ya que estas reflexiones van encaminadas hacia lo histórico), es ciencia toda disciplina que tenga por objeto el conocimiento de la verdad. Demostrar lo vago de esta definición me parece tarea ociosa. Con igual derecho busca la verdad el químico en su laboratorio, como el místico en su éxtasis, el artista en su taller y el hombre común barajando sus perogrulladas. Este concepto gaseoso de la ciencia nos conduce a extremos que perjudican, en definitiva, a la ciencia propiamente dicha. Porque si llamamos ciencia por igual a la « termodinámica y a la filatelia », hacemos más respetable este último entretenimiento pero subalternizamos la física.

El afán de convertir en ley rígida todo conocimiento metódico, responde a la tendencia — innata en el hombre — de dar una expresión inmutable a sus conclusiones. La circunstancia de que nuestra reflexión se acomode a un orden lógico y nuestras observaciones puedan sistematizarse, nos alucina hasta el punto de creer que todo es reductible a ley matemática. Olvidamos que nuestro intelecto no es un motor a explosión y que, por lo tanto, su funcionamiento está condicionado por la lógica.

Pero la ciencia es algo más que el sentido común; cosa que parecen ignorarla muchos científicos. Hay hechos esencial-

mente científicos y otros que no pueden llegar a serlo jamás. Esta división no responde al prurito de hacer casilleros y poner rótulos, sino que surge de la peculiarísima e inconfundible esencia de ambas suertes de hechos.

Delimitar es tarea previa a la definición. Veamos cuál es el campo propio de la ciencia y cuál es la naturaleza de los hechos que escapan a su dominio.

Esquematizo :

Un análisis extremo de la realidad nos la presenta dividida en dos órdenes : el objetivo y el subjetivo. Caractericemos estos dos procesos irreductibles y coexistentes.

El objeto lo ubicamos en el espacio ; es extenso y, por lo tanto, lo podemos medir. El sujeto se desarrolla en el tiempo y no es mensurable.

El objeto es exterior y común a todos nosotros, se desenvuelve ajeno a nuestra voluntad y su proceso está condicionado por la necesidad. El sujeto es único, espontáneo y, por lo tanto, no está sometido a la necesidad, es decir, es libre.

El mundo objetivo se basa en la ley : expresión cuantitativa de un fenómeno. El mundo subjetivo opera con valores : relaciones que postula a su arbitrio nuestra voluntad.

Expuesto lo que antecede, estamos en condiciones de fijar el campo propio de la ciencia : ésta ejerce su imperio matemático en el conjunto objetivo, al que llamamos naturaleza o cosmos. Lo que no puede medirse ni, por consiguiente, reducir a una fórmula matemática, no es ciencia ni puede serlo jamás.

Aquí se impone un paréntesis. Dentro del orden objetivo hay muchos aspectos que no han alcanzado su expresión matemática exacta, debido a la insuficiencia de los medios ejecutivos del hombre. Son lo que suele llamarse impropriamente ciencias incompletas. Pareciera que tales ciencias no están comprendidas en la definición que anticipamos, pero no es así. Lo que nos interesa no es justamente el resultado práctico alcanzado por el hombre en sus investigaciones, sino la esencia de los fenómenos que estudia. Basta su condición objetiva y mensurable, perfectamente establecida, para que sea legítimo atribuirlos a una ciencia determinada.

La parte no mensurable de la realidad — por cierto nada exigua — escapa al conocimiento científico y su estudio compete al conjunto de disciplinas que agrupamos bajo el nombre común de filosofía.

En resumen : Existe un mundo objetivo sometido a la necesidad, cuya expresión es la ley matemática y cuyo dominio pertenece a la ciencia en abstracto, particularizada en ciencias físicas y naturales (con todas sus ramas correspondientes) y reguladas por las matemáticas como ciencia normativa.

Existe, al mismo tiempo, otro mundo no mensurable, el subjetivo, cuyo estudio corresponde a la filosofía, nombre con que comprendemos la gnoseología, la ontología, la ética y la estética ordenadas por la axiología o teoría de los valores.

Sin embargo, postular un límite rigurosamente exacto entre la ciencia y la filosofía, es tan absurdo como querer determinar dónde termina la luz y comienza la sombra. Necesariamente debe existir un estado intermedio, en el cual lo contingente anda a vueltas con lo necesario.

El mundo mensurable y el subjetivo no son dos procesos que corran paralelos e independientes a lo largo de la realidad ; por el contrario, chocan, se entremezclan y confunden hasta el punto de no presentarse jamás a los ojos del observador en la pureza teórica que éste apetece. Así, el mundo objetivo y el subjetivo tienen un punto de coincidencia dramática : la sociedad. El conjunto humano no puede obrar con la libertad con que lo hace el sujeto en la intimidad de su conciencia ; pero tampoco está regido por la ley de la gravitación, ni preside su desarrollo un instinto puramente rebañego. Ofrece, por lo tanto, a la investigación una materia de conocimiento peculiar, sui generis, cuyo estudio abarca el conjunto de fenómenos en que interviene el hombre como realidad espacial y, a la vez, como sujeto pensante y agente volitivo.

Las disciplinas que estudian tal categoría de fenómenos son : la psicología, la sociología y el derecho, vertebrados por la historia. No son ciencias, pues sus conclusiones no son susceptibles de reducirse a una relación cuantitativa fija. Tampoco pueden abandonarse al dominio de la filosofía porque reconocen un

proceso objetivo sobre el cual operan y que es necesario respetar.

Llamémosles provisoriamente « disciplinas » : estado intermedio entre el rigor matemático de la ciencia y la libre especulación filosófica. De un lado, bien delimitado, queda el mundo mensurable fuera del cual no hay posibilidad de conocimiento científico. Del otro lado se extiende el inmenso océano del pensamiento humano operando sobre sí mismo. En el centro, nexo ineludible, se extiende el campo propio de las « disciplinas », donde la realidad objetiva está perturbada por un elemento autónomo : la voluntad.

La formulación de la especie de diseño gnoseológico que antecede bastaría para demostrar que la historia no es una ciencia en el sentido correcto y estricto del vocablo. Mas como mi propósito no es polémico sino de análisis, se impone seguir a los teorizadores de la historia en sus argumentaciones tendientes a fijar los elementos que, a su juicio, hacen incontrovertible la reconstrucción del pretérito humano.

Lo primero que llama la atención del filósofo de la historia es el concepto de causalidad. Advierte que los sucesos no se producen arbitraria y esporádicamente, sino que se agrupan en series más o menos visibles, al tenor de las cadenas de fenómenos físicos que llevan al espíritu a la concepción de la regularidad universal. En efecto, los hechos históricos obedecen a causas. La comprobación llena de alborozo al teorizante : es el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el mundo.

Naturalmente, sentada la existencia de causas, sólo falta individualizarlas de acuerdo a un método particular y estudiar sus efectos forzosos, para que quede constituída la ciencia histórica. El entusiasta historiador acomete la tarea y encuentra, para empezar, que « la causa determinante se apoya en un total indefinido de condiciones ; el espíritu no tiene en cuenta sino las más próximas, que separa más o menos artificialmente, y entonces llama causa a determinada condición que le interese más especialmente » (Henri Berr).

¿ Qué ciencia es esta en la que el investigador puede escoger y jerarquizar a su arbitrio las causas de un fenómeno ? Prefe-

rir, es postular implícitamente la existencia de una escala de valores, y la verdadera ciencia no consulta las preferencias del investigador, sino que impone el rigor de sus hechos forzosos.

Es que la simple idea de causalidad no basta a fundamentar el concepto de ciencia. Todo en el orden físico como en el proceso mental, obedece a causas : un fenómeno es causa de otro ; una idea reconoce otra como antecedente. Aun dentro de un concepto místico de la realidad, el espíritu está obligado a postular una causa última : Dios. La ciencia, en efecto, no es posible sin la idea de causalidad, fundamento de la uniformidad del universo ; pero las causas, para ser científicas, deben reunir caracteres especiales : deben ser necesarias, forzosas y, por lo tanto, delimitadas con el máximo de precisión. El único instrumento de limitación que tiene el hombre es la medida. Y volvemos al principio de nuestras reflexiones : sin metro no hay ley, sin ley no hay ciencia.

Pero Xénopol descubre que hay hechos de repetición y hechos de sucesión. La naturaleza de los primeros los somete fatalmente al molde de las leyes matemáticas. Para los segundos, el historiador rumano formula, con indiscutible acierto metodológico, las series históricas. Entonces encuentra lógico hacer este traslado : las series históricas significan para los hechos de sucesión lo que la ley para los hechos de repetición.

No obstante lo ingenioso de la construcción, ella no autoriza a concluir que la historia es una ciencia. Podemos decir, con un poco de libertad, que Xénopol ha hecho una metáfora ; lo que lo lleva a postular una ciencia... metafórica.

No terminaré este párrafo sin exteriorizar un asombro. Los señores Antonio y Pío Ballesteros, en su erudito libro sobre *Cuestiones históricas*, plantean con una claridad y una pureza de razonamiento meridionales, el problema de la causalidad y del sujeto históricos. He debido hacer reiterados esfuerzos para no transcribir muchos párrafos de la obra mencionada, especialmente de sus capítulos III y IV. Sin embargo, contra lo que fluye de toda su argumentación, los señores Ballesteros concluyen de una manera precipitada, asentando el carácter científico de los conocimientos históricos. Incurren en la vaguedad de suponer ciencia todo intento ordenado de alcanzar la

verdad y se desdican, en la conclusión apuntada, de todo lo que han expuesto con anterioridad. Achaco el tropezón a compromisos de escuela. Porque en el afán de acomodar el fenómeno histórico dentro de un molde preestablecido, se da a este molde una elasticidad risueña.

En su ensayo sobre *La historia como género literario*, lo advierte el señor José María Monner Sans : « Ensánchase en demasía el perímetro de la ciencia y se estrecha sin continencia el cerco del arte ». Fino observador, Monner Sans señala ese lunar en sus adversarios de escuela; hábil dialéctico, disimula con ello su propio error al meter la literatura donde nada tiene que hacer. Destruye los argumentos de quienes ven en la historia una ciencia, para asentar que es un género literario... la historiografía.

La realidad está compuesta por un número infinito de hechos particulares. Es patente la imposibilidad de conocerlos todos : en primer término, por su inagotable multitud; luego porque el hombre no se limita a la comprobación de los hechos ocurridos y busca un anticipado conocimiento de los que vendrán.

El intelecto observa que hay fenómenos idénticos y los agrupa. Toma uno por modelo y, de hecho, conoce todos los demás. Realiza así una generalización, primer paso de la ciencia. La constante repetición de tales fenómenos presupone una causa común, la que, descubierta y medida, permite formular una ley, abstracción suprema de un fenómeno. Estamos ya en el verdadero terreno científico.

El fenómeno individual se diluye en el seno de la especie y desaparece el hecho concreto para ser substituído por su representación matemática. Finalmente, esta relación matemática se universaliza y sirve, no sólo para conocer los hechos pasados y los que se producen, sino para conocer también los que vendrán. Teóricamente, para el hombre de ciencia no existe la categoría tiempo.

La posición del historiador es diametralmente opuesta. Su campo de acción es, justamente, el tiempo; y en ubicar cronológicamente los sucesos pasados, estableciendo sus relaciones, consiste su función.

La historia opera con hechos concretos, tanto más históricos cuanto más acusada es su individualidad. El grado de historicidad de un suceso está, pues, en razón directa de su particularidad. Si en el transcurso de una investigación del pasado humano encontráramos un conjunto de acontecimientos absolutamente iguales, producidos por causas idénticas, de hecho dejarían de ser históricos. La historia no se repite nunca.

«No hay ciencia de lo particular», sentenció Aristóteles de una manera definitiva. Los hallazgos metodológicos, cualquiera sea su importancia, no pueden quebrar los límites de la ciencia ni desvirtuar su contenido. Distinguir entre hechos de repetición y hechos de sucesión, no autoriza a trasladar a un grupo las normas características del otro. Precisamente, si se comprueba que existe esa diferencia fundamental, es porque los dos grupos de hechos en que puede dividirse la realidad responden a naturalezas esencialmente distintas.

A. Rickert, obsesionado aún por los fantasmas del siglo XIX, persiste hasta el empecinamiento en llamar ciencia a toda investigación metódica de la realidad, y en postular ciencias naturales y ciencias culturales con propósitos y métodos antagónicos. «Hay ciencias que no se proponen establecer leyes naturales, es más, que no se preocupan, en absoluto, de formar conceptos universales; estas ciencias son las ciencias históricas en el sentido más amplio de la palabra. No quieren limitarse a confeccionar «trajes hechos» que les vengán bien a Pablo y a Pedro, es decir, quieren exponer la realidad — que nunca es general, sino constantemente individual — en su individualidad».

Salta a la vista que no puede ser, ni lógica ni esencialmente, lo mismo, una disciplina que se proponga formar conceptos universales y otra dedicada a exponer hechos individuales. Decir que la historia «no quiere limitarse» a formular leyes generales es una frase absurda. Tanto valdría decir que no le preocupa la balística o que un albañil no quiere limitarse a la navegación.

Una cosa es soplar y otra hacer botellas. Lo que Rickert llama, con un dejo compasivo, «trajes hechos» — es decir, leyes matemáticas — no las hace quien quiere sino quien puede.

Atribuir a la ciencia un poder discrecional para hacer lo que le parezca es sembrar la confusión en el campo del conocimiento.

La ciencia es una sola y cosa muy distinta es la cultura. Establecer este distingo y llevarlo hasta sus últimas consecuencias, no es incurrir en un error nominalista. Conocer es diferenciar. Y cuanto más diferenciamos la historia de la ciencia, tanto más ganarán en claridad ambos aspectos del conocimiento.

Aun cabe hacer otro distingo fundamental entre la ciencia y lo que acabo de designar con el nombre de disciplinas.

La ciencia sólo busca las causas y su preocupación no va más allá de fijar sus relaciones matemáticas constantes. Es ajena en absoluto a la idea de finalidad. En rigor no le interesa ni siquiera el progreso material. Éste es una resultante de la técnica, es decir, de la tendencia utilitaria del hombre. Pero la ciencia — la ciencia pura, valga la redundancia — termina su cometido al fijar las leyes de un fenómeno. Todo lo demás — aplicación práctica, bienestar de la especie, confort, progreso — está fuera de su dominio y, sobretudo, de su interés. Es un añadido.

En otro orden más elevado de especulaciones, la ciencia es indiferente al bien, a la belleza, a la justicia, al placer o al dolor. Por eso decimos, para ejemplificar, que la ciencia es amoral. Al químico que en su laboratorio determina las condiciones de una combinación nueva, no le preocupa si el resultado servirá para salvar la humanidad o para producir su aniquilamiento. Le son indiferentes esas minucias : lo único digno de consideración es saber cuántos átomos de hidrógeno deben combinarse con uno de oxígeno para formar agua. Que ésta sirva para calmar la sed o para ahogar a medio mundo, para que el poeta cante su cristalino son o para mover una turbina, son cosas que al químico no le quitan el sueño.

Posición muy distinta, a este respecto, ocupan las disciplinas aludidas. Ellas están al servicio de los grandes fines que acabo de enumerar, y su formación responde a la necesidad de alcanzar ese estado idealmente moral, estético o, simplemente, social. Son especulaciones teleológicas, tanto más valiosas cuanto más se acercan al fin propuesto. El caso más típico es el de la disci-

plina jurídica, preocupada por llevar a la sociedad a un estado de justicia perfecto.

A primera vista parece que la historia no le preocupara ningún problema trascendente, sino la simple comprobación de los hechos pasados; pero no es así. Implícitamente la historia se propone un fin moral (obsérvese que no digo moralizador) y el interés del hombre por conocer el pasado de la especie no existiría, sino lo guiase un instinto de comparación y de perfección.

En la reconstrucción del pasado debemos considerar tres aspectos : 1° la materia histórica, o sea el proceso humano que se pretende reconstruir ; 2° la reconstrucción misma, que es la verdadera historia ; 3° la exposición de lo reconstruido. Veamos si cualquiera de estos tres aspectos contiene los elementos necesarios para fundamentar el carácter científico de la historia.

Empezaremos por el último, sobre el cual no hay mayores discrepancias. La lectura de los historiadores antiguos, en los cuales el proceso reconstructivo y el trabajo de redacción son una misma cosa, nos acostumbró a considerar historia la exposición de un suceso : el texto. Eso es historiografía y constituye, sin disputa, un género literario. Sólo quienes ven en la historia una simple evocación personal del pasado, sin más compromisos de veracidad que los que puede tener un novelista, están en condiciones de clasificarla como un género literario.

No desconozco el caudal de intuición que mueve al historiador en sus pesquisas ; como no se debe olvidar que el físico, el naturalista o el astrónomo, están dotados igualmente de un poderoso instinto científico que ha sido la causa de los más resonantes descubrimientos.

El carácter no científico de la exposición de un acontecimiento queda demostrado, pues, con toda evidencia.

Examinemos ahora la materia del conocimiento histórico. En este aspecto de la cuestión, lo primero que aparece es el problema de determinar cuál es el agente de la historia y si su estudio puede abordarse con criterio científico.

No es oportuno entablar aquí una minuciosa polémica sobre si es el héroe, la muchedumbre o los factores económicos o geográficos, quienes determinan la marcha del proceso humano.

Las teorizaciones más recientes a este respecto, están acordes en considerar que ninguno de esos elementos, por sí solo, es capaz de producir la historia.

Estimo que se debe postular un sujeto colectivo, acorde con el medio, donde las personalidades directoras sean como esos glomérulos que aparecen sobre un plasma uniforme; ni tan individualizados que sea lógico atribuirles una acción autónoma, ni tan iguales a la masa que sea posible considerarlos un mero accidente de la misma.

Este sujeto colectivo, concreto pero de límites imprecisos, va a ser el motor de la historia. ¿Cabe establecer un conocimiento rigurosamente científico sobre el efecto de una causa cuya determinación queda sujeta al criterio del investigador? Imposible. Ya hemos visto cómo las causas, para ser científicas, deben ser forzosas y precisadas matemáticamente. Todos los historiadores encontrarán legítimo acentuar éste o aquel factor; realzar la importancia del héroe o de la masa; hacer que éstos determinen la marcha de los acontecimientos o que resulten meros instrumentos de factores geográficos o económicos. Con este poder discrecional en manos del investigador — poder nacido de la esencia misma del sujeto histórico — es imposible formular una ley de valor universal. La ciencia, edificada sobre este tembladeral, sería una caricatura.

Aumenta la imprecisión del campo sobre el cual actuará el historiador, si le añadimos la dificultad para acotar el hecho histórico. Hasta en los sucesos más conocidos nos damos cuenta que se nos escapan multitud de matices psicológicos, de propósitos y anhelos, de valiosas derivaciones.

Necesariamente, el historiador debe recortar el hecho, individualizarlo metódicamente, despreciando los aspectos que no convienen a su investigación. Y al formular este temperamento, sin el cual no hay historia posible, hemos planteado la imposibilidad científica de esa disciplina.

Tenemos, pues, un conjunto de hechos por reconstruir. ¿Qué debe proponerse la historia: la reproducción del suceso absolutamente tal cual fué o tal como los vestigios nos lo presentan? En una palabra, lo histórico ¿es el hecho en sí o su perpetuación documental?

Para mí, esto último. Pues aunque lográramos reproducir el suceso tal cual ocurrió, con su multitud de matices, anhelos, derivaciones y convergencias — cosa imposible — no haríamos historia sino una especie de arqueología social.

La historia es un conocimiento jerárquico y vertebral del pasado, nunca su conocimiento absoluto. Por eso no puede haber historia del presente, porque vivimos en el seno de los acontecimientos y se nos escapan sus líneas directrices. En lenguaje d'orsiano diríamos que, por vivir en el seno de la anécdota, no alcanzamos a distinguir la categoría.

El historiador no pretende tampoco reproducir íntegra y minuciosamente lo pretérito. El conocido postulado de Croce: « actualizar el pasado en mi espíritu », es suficientemente claro. Por lo pronto, esa actualización debe producirse en mí, es decir, debe responder a mis preferencias. Además, es imposible actualizar nada en su totalidad porque el conocimiento humano es siempre esquemático.

De esto se deduce que la tarea de reconstrucción del pasado humano responde a la orientación espiritual del historiador; lo que implica establecer una categoría de conocimientos no científicos. Porque los resultados de la ciencia no admiten ni interpretaciones ni jerarquías: son absolutos y se imponen al investigador necesariamente. En cambio el historiador, si bien no está autorizado a prescindir de los sucesos, puede ponderarlos subordinándolos o exaltándolos según su criterio, y extraer de ellos valores históricos.

Tomemos un ejemplo concreto: la descomposición del mundo antiguo. Unos verán en ese acontecimiento la consecuencia de factores exclusivamente económicos; otros lo atribuirán a la irrupción de razas extrañas dentro del imperio, las cuales corrompieron el espíritu civilista de los romanos; los de más allá verán un proceso de orientalización producido, principalmente, por el judaísmo y el cristianismo. En fin, para los católicos, el derrumbamiento del mundo greco-romano significará un nacimiento en lugar de una decadencia o postración. Y todas estas conclusiones son legítimas. ¿Puede darse un caso igual en el terreno científico?

Esto no quiere decir que el historiador pueda hacer mangas

y capirotos con el pasado humano. Ya he dicho que tiene por delante un proceso objetivo que debe respetar; pero es dueño de «interpretarlo», es decir, de valorarlo.

Con el fin de aclarar mi pensamiento a este respecto, debo recurrir a un simil en el cual el lector deberá considerar, únicamente, la intención. Represento el espíritu científico en el constructor de un mecanismo, el cual está *obligado* a disponer las piezas de una manera determinada si quiere que dicho mecanismo funcione. En oposición al mecánico está el filósofo, a quien simbolizo por un dibujante. Éste es dueño de violar, con sus arabescos, todas las leyes físicas y de simetría : su imaginación es libre.

El historiador es como un arquitecto. Debe utilizar elementos determinados y sujetarse al imperio de ciertas leyes, tales como la gravitación y la misma resistencia de los materiales; pero es libre de disponer éstos de una manera personal y crear estilos. Representa una equilibrada dosificación de libertad y necesidad.

No pretendo, con la posición esbozada, subalternizar la historia ni menos restar seriedad a sus investigaciones. Ciencias o no, las disciplinas enunciadas como intermedias entre la ciencia y la filosofía, seguirán apasionando a los hombres con preferencia a cualquier otra. Como que representan el esfuerzo concreto de la humanidad por superar el orden puramente físico.

Sin embargo, quien se sienta atraído por el estudio de los problemas históricos debe fijar un sólido punto de partida. Los que afrontan la historia con un riguroso concepto científico, corren el peligro de caer en un dogmatismo cerrado o desalentarse al ver que los resultados no se ajustan a sus presunciones. Quienes sienten la historia como un simple género literario, sobre no tener una noción cabal de lo que significa el proceso reconstructivo, terminan por hacer de aquélla un relato novelesco, no siempre agradable.

Consideremos, pues, la historia como una «disciplina» seria, ordenada, metódica; pero no tan rígida que sea imposible someter sus conclusiones a una constante revisión.

LUIS AZNAR.